

VaRiA

*invención**

Tres textos

Jaime Goded
2o. año de Ciencias Políticas

1

Todo esto de vivir es muy difícil, demasiado complicado. En el fondo, tal parece, no es más que buscar un sitio tranquilo, seguro, cómodo y resguardado donde reposar. No lo entiendo, esta búsqueda me fastidia y el fin me parece inútil y estático. Todo es difícil y, además, sucio. Sin embargo, hay quien puede hacerlo. De hecho, la mayoría de nuestros conocidos la hacen y algunos hasta lo disfrutan. Es algo con lo que se nace. Se vive y se muere con ello. Hay quien se come las uñas, y existen también los que las cuidan y las dejan crecer. Hay gente para todo, incluso hasta para comer gente con tal de ganar ese sitio que te dije antes, ese sitio alfombrado, con televisión y mujercita y hasta uno o dos niños. Existen muchos de éstos y empiezan a ser así desde pequeños: siempre tienen canicas nuevas y pantalones nuevos y planchados. Aprenden a jugar a la vida con facilidad y jamás pierden; ganar es indispensable. Puede ser que lo peor no sea ni siquiera la tentativa de encontrar porque esto, al menos, indica un comienzo de aventura: lo malo es el fin, lo que se espera hallar de antemano y que se sabe seguro, y que no es nunca diferente y ni siquiera arriesgado la mayor parte de las veces. Míralos a todos buscar su lugar en la fila, acomodarse lo mejor posible y esperar su turno para comprar el boleto. Qué pronto se conforman y qué fácil es para ellos el hallar sitio adecuado. Eso es lo que no puedo soportar: ver cómo se apagan lentamente, cómo se enfrían sin problemas. Y si vieras lo contentos que están de esta manera, lo bien que te explican una y otra vez cómo lo hicieron igual que todos los que hubo antes, lo mismo exactamente. Y los otros, aquellos que conocen tus opiniones, qué bien se justifican, cuántas causas los hicieron de esta manera, cuántas razones para haber repetido su vida haciéndola una copia experimentada de las anteriores. Cuando adolescentes, muchas de estas personas aún confiaban en sí mismas, todavía creían en sus amigos, en sus novias, en su capacidad; tenían todavía ideales y curiosidad y sentían fuertes sus almas y sus manos... pero luego probaron demasiadas veces la droga usual de la papilla y el consomé: fueron borrando cuidadosamente sus afectos y cerrando ojos, boca y oídos al mundo; su paso se hizo calmado, seguro, cada pie estaba más firmemente colocado que el anterior. Los guiaron señales y semáforos y nunca les faltaron consejos de maestros ni cuidados

* Con este título de un libro de Juan José Arreola pretendemos reunir textos que no entren en la categoría de cuento ni de poesía.

de los padres: policía y leyes les protegían esmeradamente. No tuvieron ningún tropiezo pues los obstáculos habían sido quitados del camino desde hacía mucho tiempo. Y no vacilaron hasta llegar al final. No tuvieron jamás deseos de mirar a izquierda o derecha. Qué fácil y merecido les pareció el complicado desenlace que aceptaron desde el principio. Y qué bonito era para ellos el color de rosa y el cojín de hule espuma. Qué maravillosamente les fue y, sin embargo, qué difícil me parece y qué sucio es para mí el aceptarlo. Así es aunque no te guste, y, ¿cómo cambiarlo?

—Escucha: yo también he observado idéntico proceso y también a mí me parece intrincado, primitivo y repugnante. Pero no creo que los que han encontrado su acomodo en las butacas numeradas se sientan del todo tranquilos y confiados. Aun a los más ignorantes de esta especie les asaltan, no remordimientos, no, pero sí algún temor de poder perder algo de lo que atesoran, y aun el más duro de corazón sabe que la escalera que subió, a pesar de llevar los ojos vendados en algunos trancos, era suave porque estaba tapizada con piel humana; y el calorcillo agradable de su aire acondicionado era resultado del sudor de muchos hombres-tornillo que sufren lo que él disfruta y que ayunan lo que él eructa. No quiero decir que todo esto les quite el sueño, pero de vez en cuando sufren sobresaltos nocturnos y toman pastillas soporíferas. ¿No los has observado llegar a casa y ponerse las pantuflas e irse a mirar la televisión? ¿Nunca has notado con qué hambre comen, qué desesperación para beber? Y no es hambre ni sed lo que sienten, sino miedo de que sea la última vez. Prisa y ansiedad por disfrutar lo que saben ajeno. Por esto creo que no todo es apacible en el jardín de la casa y no hablemos ya del cuarto de baño. Después de todo, algún trozo de su cuerpo aún vibra o palpita hace poco, ya que es imposible el cubrirlos totalmente de barro porque se asfixiarían. Y por allí siguen teniendo, de vez en cuando, sensaciones de algo diferente o recuerdos de alguna flor. Y esto no puede ser agradable para ninguno de estos amigos nuestros. ¿O sí?

II

Estaba quizá fastidiada del sol grande del crepúsculo, del polvo que aún se alzaba de aquel hoyo abierto en la tierra para que el humo se enterrase en algún lugar allá abajo. En algún lugar hacia adentro. Ya ni siquiera miraba cuán piadosamente cubrían con tierra un pedazo más de tranquilidad y reposo eternos. No escuchaba tampoco la música fúnebre. Conocía muy bien todos los procedimientos de este trabajo. Precisamente por ello estaba cansada. La vida, que llegó a aparecerle limpia y pura en los momentos que ensuciaba la suya, le era ahora tan repugnante que se avergonzaba de todos los instantes. No sabe por qué vino aquí con el olor a orquídeas de su cabellera.

—Es tan ruin morir así, de nada y por nada, para algo que debió venirse dijo.

Extendió una mano hacia el Sol, que se ocultaba.

—Ve a dormir —le dijo— ve a dormir, —y bajó la mano hacia las sombras.

Se sentó y encendió un cigarrillo. La piedra de la tumba era de mármol negro, brillante. Jugaba con un manojo de llaves en la mano derecha, recorriendo con el extremo de una de ellas la superficie de la piedra, buscando el sitio donde se cruzacen las venas. El nombre lo olvidó el tiempo; quedaba tan sólo la fotografía: tan terriblemente dulce y antigua; un retrato muerto para un rostro muerto. Y un año muerto tras un año de vida. Cuando murió tenía veinte años apenas.

—De cualquier forma no es normal, pareces un maniquí, un maniquí del todo. Y así te conocí. Me gustas... quieres, te llevaré conmigo... quizás hubiese marchado desde mucho antes... —ayudándose con la llave,

arrancó la fotografía del marco: fue fácil—. Vendrás conmigo, ¡de cualquier forma!

Apagó el cigarro y, mientras se levantaba, el negro cortejo se alejaba muy despacio del cementerio, como si no quisieran irse.

Le gustaba la risa de la calle, las señales para los automovilistas, los anuncios y las luces, el murmullo de la ciudad caminando rápidamente en tinieblas, las salas aún más oscuras de los cines y los cafés. El telón, huido como el humo, se abría para presentar una vez más la escena única e irrepetible de la calle.

Le gustaba la vida, la risa de la vida. Y algunas veces, en los recuerdos de sus más lejanas formas de reír, se hace presente la sensación de tristeza. En una esquina se encontró con Ángel.

—¿Dónde vas?

—A ningún sitio.

—Vamos entonces a tu casa.

Apagó la luz. La ciudad, en tanto, perdía autos y gente. Únicamente los anuncios luminosos cantaban su tonada muda. Tenía frente a los ojos el atardecer de ese día, la piedra sin nombre, el mármol negro. Y restaba en sus manos la fotografía obtenida con las llaves.

—De cualquier forma —dijo—, de cualquier forma no tiene sentido... seguramente no volveré a verle.

—¿A quién? —la luz de la lámpara iluminó repentinamente la cara de Ángel—, ¿de verdad estuviste hoy con alguien? Yo creí que era una broma.

—Déjame, por favor. Hoy es ya tarde para cualquier cosa.

—¿Qué dices?... ¿qué te pasa...?

Se sonrió y llevó la mano hacia la lámpara.

—Duérmete —le dijo—, duérmete... —y escondió la mano en la oscuridad.

—¿De qué te ríes?

—Quizás era mejor que tú, quizás...

Las calles estaban negras y solas, se acabaron los ruidos y el cortejo fúnebre se perdía lentamente de vista.

III

—A mí, sinceramente, no me gustó desde el principio. En aquel momento no era más que incomodidad ante su presencia. No sé, me era antipático en su forma grosera de hablar y sus modales rebuscados. Recuerdo que aquella primera vez, en sólo media hora, me picó cuatro cigarros y ni siquiera hizo el intento de pagar su cerveza, sino que esperó a que el buenazo de Agustín desembolsase los tres pesos. Al despedirnos, estiró la nariz e informó a todo el mundo que tenía una cita en el "Camello emplumado" con una señorita. Sí, yo sé que son sólo detalles, pero esas cosas no me gustan. Quizá por ello siempre me porté reservado en su compañía y nunca bromeé con él como con ustedes. Para mí fue un conocido y nada más. Y ahora, con lo que tú me dices...

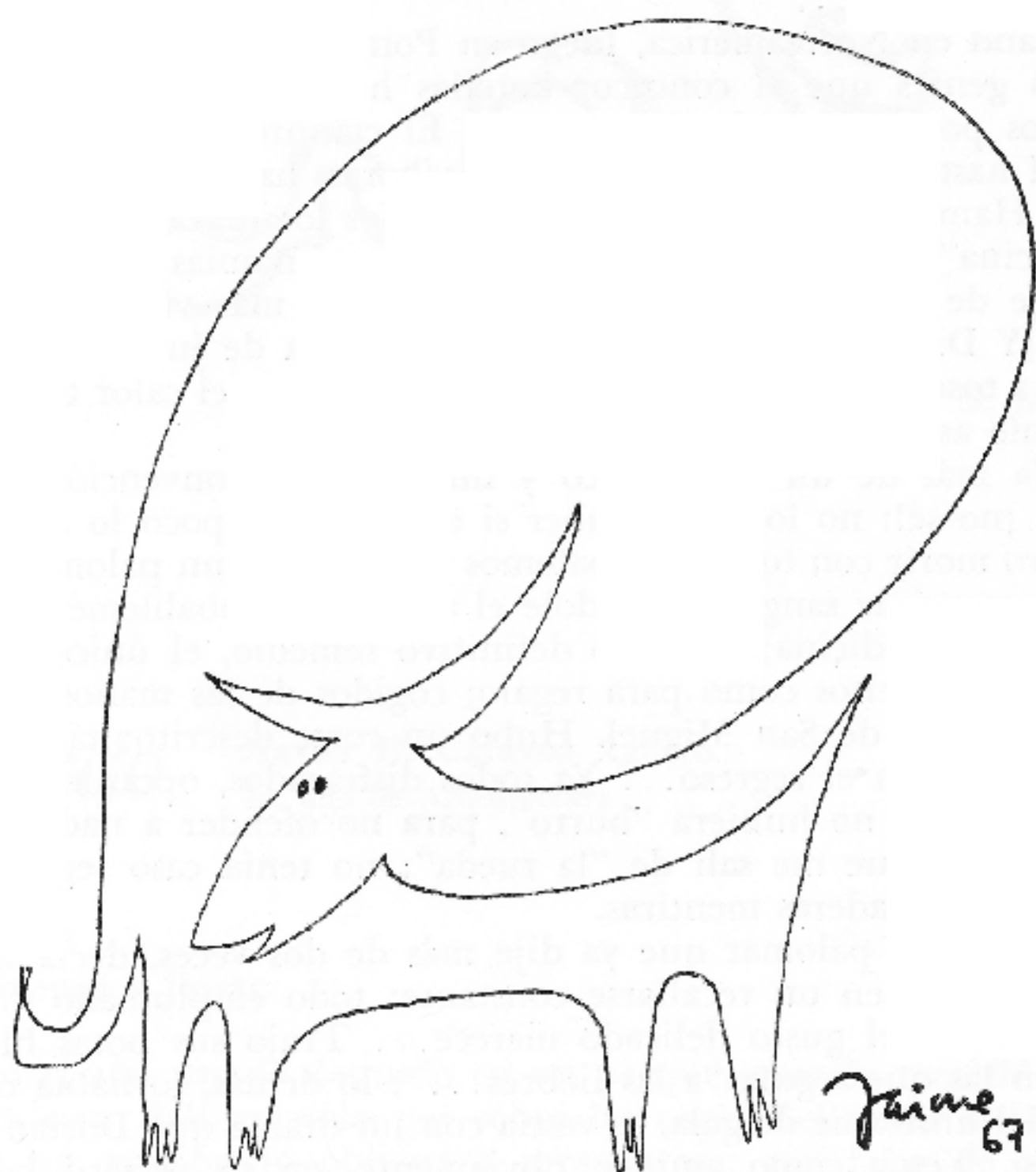
—Ya ves, conmigo sucedió al revés: me agradó y pensé que era una persona inteligente y con mucha experiencia; nunca me pasó por la cabeza que fuera capaz de una acción como ésa. Aún ahora, que no hay duda alguna, no puedo imaginarlo. Me parecía que estaba muy seguro de sí mismo y sus opiniones sobre nuestros problemas eran lógicas y, a mi ver, acertadas en su mayoría. En fin, uno se equivoca demasiado a menudo. La última vez que le vi, unos días antes de que pasara lo que pasó, fue en la calle, me preguntó por todos ustedes y dijo que llamaría por telé-

fono. Era el mismo de siempre, aunque usaba unos lentes oscuros grandes y redondos. Mas yo no le di ninguna importancia, ni creo que tuviera nada que ver con lo demás.

Pues mira, puede ser que algo tuviera... El periódico dice que no se quitó las gafas más que para las fotografías y los que le vieron lo reconocen por los mismos lentes.

—Serán muy duros con él porque es ya mayor de edad y no tiene a nadie. Veremos cómo le va...

—Hablemos de otra cosa, porque a mí ya se me está amargando la noche. Oye, ¿y no tienes un cigarrito por ahí?



Dibujo de Jaime Goded

El palomar

Emma Rueda R.

3er. año de Arte Dramático. Fac. de Filosofía

(sinopsis conflictiva)

Tenía que memorizar un monólogo.

Pero, entonces, no alcancé materia gris en qué meterlo: mi cerebro había sido tomado por sorpresa y arteramente. Sólo un desordenado congestionamiento y agudos piquetes que a ratos me cegaban, por intensos; cruces de lanzas en efervescencia, venidas del exterior. Choque de comunicaciones que no eran la que yo, dócilmente, abordaba. Rompimiento de metales oxidados por los siglos del descuido; la sonoridad desquiciante de todas las metrópolis juntas, por último, dilataban mis afanes y caía, caía. Donde siempre, en el palomar. Muchos como el primero, fueron los intentos inú-